



los
Bandídez
y el
Karaoke Kanalla



Siri Kolu los
Bandídez
y el
Karaoke Kanalla

Traducción de Luisa Gutiérrez Ruiz

Título original: *Me Rosvolut ja konnakaraoke*

La traducción de esta obra se hizo posible gracias al apoyo
de FILI – Finnish Literature Exchange

© Del texto: Siri Kolu, 2011

© De las ilustraciones: Tuuli Juusela, 2011

First published in Finnish by Otava Publishing Company
Published in the Spanish language by arrangement with Rights
& Brands

© De la traducción: Luisa Gutiérrez Ruiz

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-17651-87-9

IBIC: YF

Depósito Legal: M-30680-2019

Impreso en España / *Printed in Spain*

Cofás (Móstoles)

Diseño de colección y
maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Contenido

PRIMERA PARTE | LA COMUNIDAD DE LAS CHUCHES

- CAPÍTULO 1, en el que Vilja envía un mensaje de socorro
- CAPÍTULO 2, en el que nos lanzamos a una huida vertiginosa protegidos por nubes de setas
- CAPÍTULO 3, en el que una carta provoca dolor de cabeza
- CAPÍTULO 4, en el que se enseña el método de asalto «Vilja en apuros»
- CAPÍTULO 5, en el que montamos una fiesta nocturna en el campamento y se habla de los jefes bandidos
- CAPÍTULO 6, en el que Kalle pide consejo
- CAPÍTULO 7, en el que se aprende a aceptar una llamada al combate con auténtico estilo
- CAPÍTULO 8, en el que Vilja conoce la guía de las guías
- CAPÍTULO 9, en el que Vilja es nombrada representante
- CAPÍTULO 10, un capítulo largo en el que se aprende a contar mentiras como casas
- CAPÍTULO 11, en el que se hacen muchísimas cosquillas
- CAPÍTULO 12, en el que se descubre el punto débil de Hele
- CAPÍTULO 13, un capítulo corto donde se descubre un terrible engaño
- CAPÍTULO 14, en el que pisamos el acelerador y recargamos las pilas
- CAPÍTULO 15, en el que la rutina de los bandidos se tambalea
- CAPÍTULO 16, en el que se aclara quién es conductor suplente
- CAPÍTULO 17, en el que comemos un postre nocturno
- CAPÍTULO 18, en el que nos quedamos dormidos el día más importante del año
- CAPÍTULO 19, en el que caemos en una trampa

SEGUNDA PARTE | LOS DOS JEFES

- CAPÍTULO 20, en el que la fiesta de verano no está a la altura de las expectativas
- CAPÍTULO 21, en el que reflexionamos sobre los pedos que patalean
- CAPÍTULO 22, en el que Vilja se enfrenta a una situación enmarañada

- CAPÍTULO 23, en el que Vilja resuelve problemas
- CAPÍTULO 24, en el que se arma un falso disturbio y Vilja asalta en solitario
- CAPÍTULO 25, en el que Vilja se adentra en una cueva de bandidos
- CAPÍTULO 26, en el que hay atracón de tarta de caracol
- CAPÍTULO 27, en el que se miente para salvar el pellejo
- CAPÍTULO 28, en el que una rival pone a Vilja en un apuro
- CAPÍTULO 29, donde se cuentan mentiras a un agradable oponente
- CAPÍTULO 30, en el que se encuentra un aliado zumbidohorripilante
- CAPÍTULO 31, en el que se descubre si Vilja se convierte en campeona de «¡Trola, superbola!».
- CAPÍTULO 32, en el que encontramos un escondite estupendo
- CAPÍTULO 33, en el que suenan las trompetas del juicio final
- CAPÍTULO 34, en el que luchamos a cuatro y lo vemos todo azul
- CAPÍTULO 35, en el que se conocen los finalistas del Karaoke Kanalla y se presenta un sospechoso premio especial
- CAPÍTULO 36, en el que se pierde el oído musical
- CAPÍTULO 37, en el que se descubre a un bandido millonario
- CAPÍTULO 38, en el que cantamos sobre el día a día de un salteador de caminos
- CAPÍTULO 39, en el que todo está en juego
- CAPÍTULO 40, en el que hay tres encuentros en una noche
- CAPÍTULO 41, en el que se producen reencuentros desagradables

TERCERA PARTE | EL RETORNO DEL REY BANDIDO

- CAPÍTULO 42, en el que Vilja descifra el código
- CAPÍTULO 43, en el que Vilja salda deudas y es consciente de un gran peligro
- CAPÍTULO 44, en el que se analiza la estratagema del enemigo
- CAPÍTULO 45, en el que echamos un vistazo al pasado y al futuro al mismo tiempo
- CAPÍTULO 46, en el que se pone en marcha la Operación Doblón del Rey
- CAPÍTULO 47, en el que se descubre el arma secreta de los Bandídez

EPILOGO, en el que Vilja come dokaf y el rey le da la mano

APÉNDICE, Familias bandidas o quién es quién en este libro

PRIMERA PARTE | LA COMUNIDAD DE LAS CHUCHES



«Pensar con la cabeza, luchar con los puños
y relajarse con la panza;
esa es la buena vida».

– Pete Dientesdeoro –



La culpa de que los Bandídez tuvieran que asaltar el campamento de violín fue de mi padre.

Era tres de junio. El uno de junio, el segundo día más importante de mi vida, había transcurrido sin pena ni gloria. El más importante había sido, naturalmente, ese día del verano pasado cuando Kaarlo el Feroz tuvo un capricho y decidió robarme para que les hiciera compañía a sus hijos. El verano pasado me convirtió en una salteadora de caminos, pero este tenía todas las papeletas para ser un rollo. Había esperado el uno de junio durante todo el oscuro y deprimente invierno, el día que me largaría zumbando en la bandidofurgona lejos de mi vida en la escuela. Había enviado a los

Bandídez un mensaje de socorro, pero de eso hacía ya dos días. Comenzaba a perder la esperanza. Me tocaría pasar las vacaciones aquí, en este estúpido campamento musical al que mi padre me había obligado a venir para evitar que me escapara con los bandidos. De ahora en adelante, pasaría cada uno de los días en mi aburrida vida.

ANÁLISIS DE LA SITUACIÓN

escrito por Vilja

1. *Estoy atrapada en un campamento de música de cámara de tres semanas que se organiza en el pueblo de Ypäjävuori.*
2. *Comparto el dormitorio B con otras tres violinistas. El grupo se llama Las Barbalalas. Perdí la votación del nombre por 3-1, aunque tantas cosas hubiesen empezado por B: Bananas, Bantús, Bacilos, Bandidos. Pero no. Si los Bandídez no me salvan, me tocará ser una Barbalala las próximas tres semanas.*
3. *Por suerte, los de la M se llaman Mejillones Melodiosos y eso me consuela un poco.*
4. *No, no me consuela. Me muero de vergüenza.*
5. *Más hechos: tengo que escapar.*
6. *Cuestiones que dificultan la fuga:*
 - *El campamento está rodeado por una alta verja blindada. El portón de salida se cierra a las 20 h y se abre a las 8 h. Entre tanto, no se puede escapar reventando un par de cerrojos. Se necesitan unas grandes cizallas o una sierra para metales, que no tengo.*
 - *En un cuarto dormimos cuatro. Por cada dos habitaciones hay un tutor, y su dormitorio está al lado del de los campamentistas.*

- *Si se tiene la intención de escapar, hay que deslizarse a hurtadillas junto a tres niñas y la habitación del tutor. Para alcanzar el portón hay que pasar también junto a las cabañas de la directora del campamento y del administrador.*
 - *El administrador hace guardia por las noches. Y tiene un perro pastor alemán.*
 - *NO CREO QUE LO CONSIGA SOLA.*
7. *Por suerte:*
- *He pedido ayuda a los Bandidez a través del sitio web Bandit-H.*
 - *He pedido que vengan y me roben porque no puedo huir sola.*
8. *Un gran pero:*
- *Mi mensaje de socorro fue un fiasco total. No pensé bien el texto para que tuviera toda la información necesaria. No tengo excusa. Me preparé mal. No he sido muy lista ni estaba en mi mejor momento.*
9. *¿Pueden terminar ya los autorreproches, por favor?*

La tarde de mi llegada al campamento, desfilé hasta la oficina de la directora, Maijariitta Kasurinen, y le conté que tenía que contactar con mi padre por correo electrónico porque necesitaba mi inhalador para el asma. Jadeaba y me quejaba tan convincentemente que a la directora no se le ocurrió preguntar por qué no se podía llamar por teléfono. En ese caso, habría dicho, por supuesto, que debido a sus asuntos secretos para el Gobierno, a mi padre no se le permite usar el teléfono. Estaba convirtiéndome en una maestra de la mentira.

Esperaba que Kasurinen me dejara el ordenador y se ausentara de la habitación, pero no, se quedó de cháchara detrás de mí.

—Hay que vigilar el uso de la red que hacen los niños —dijo—. Aunque para vosotros sea un fastidio.

Aunque le lancé una mirada asesina, la mujer no dejó de parlotear. Por su boca fluía un continuo torrente de lava verbal repleto de cursiladas y florecillas y pegatinas de purpurina.

—No es como hacer encaje de bolillos. Escribes en el cuadrado de la dirección «jounipuntovainisto», el simbolito de la arroba y luego... ¿dónde trabaja tu padre? ¿No encuentras divertido que lo llamen arroba? Nosotros, los amantes de la música y el solfeo, podríamos llamarlo dorremí.

¡Aaah! Y encima cantaba y marcaba el compás con las notas de solfeo. ¿Tendrá hijos? Si los tiene, seguramente estarán hasta el dorremí.

No quedaba otra que actuar rápido. Fingí un ataque de asma y conseguí que me trajera un vaso de agua que, en un supuesto ataque de tos, volqué sobre una partitura recién impresa (¡vivan las impresoras de tinta!). Mientras ella secaba las notas, dispuse de veinte segundos para teclear y abrir Bandit-H, escribir el nombre de Hele en la dirección y el mensaje «SOS Pequeños músicos Ypäjävuoři 1.6.-22.6». Por suerte, tenía dedos ágiles de tanto pasar las tardes en Internet. El sitio web creado por Hele se había convertido en un canal indispensable para mantener el contacto y, lo que había empezado como una afición, bandidotunar las Barbies, y su venta *online* había hecho rica a Hele; la misteriosa diseñadora de Barbies Bandit-H se había convertido en una celebridad.

Aún necesitaba un poco más de tiempo. Di un puntapié a la montaña de cajas junto a la mesa. Las cajas se desplomaron sobre las notas mojadas y de la caja que estaba encima resbalaron montones de bolsas de colores por todo el suelo. Mientras la directora se ocupaba de la nueva catástrofe y su horrorizada respiración silbaba como una tetera, vacié el historial de navegación. Otro truco que Hele me había enseñado. En ese instante alcancé a leer mejor lo que ponía en las cajas de cartón: chocolate con arroz inflado, 20 bolsas de 200 gramos. ¿Cómo es que aquí había chocolate si en el comedor solo nos ofrecían arroz y zanahorias hervidas, según las normas del campamento de «compañía agradable, magia de la música y vida sana?».

¡Llamada de socorro enviada! Ayer estuve flotando feliz todo el día. Soporté mi primera audición en solitario, en la que me reprocharon lo blandengue que sostenía el arco y mi mala postura al tocar. De todos modos, voy a estar poco aquí, dije para mis adentros. Mi suerte cambiaría pronto.

Mi desgracia ya había durado bastante. ¿Cuántas veces me había arrepentido de haber bajado de la bandidofurgona y haber regresado a casa al final del pasado verano? Mi padre estaba enfadado y mi madre fuera de sí y mi hermana Vanamo..., bueno, ella era la misma de siempre. Es-pan-to-so.

Durante la noche, la buena sensación se transformó en sudores angustiosos. Estaba segura de que mi mensaje de socorro no podía interpretarse correctamente. ¿Cómo se me había ocurrido escribirlo así? «¡Pequeños músicos. Ypäjävuori!». ¡Pero si sonaba a publicidad! ¡Como si invitara a Hele y a Kalle y a toda la pandilla al concierto de fin de curso en lugar de rogarles que me salvaran! Ya los estaba viendo entre el público del concierto: Kaarlo el Feroz con las trenzas abiertas repeinadas, Pete Dientesdeoro con los piños

lustrados de modo que centellearan en la puesta de sol estival. ¿Por qué no escribí «socorro, salvadme»? ¿Sabría Hele captar mi mensaje, entendería que «SOS» significaba llamada de socorro?

Si Hele no descifraba mi código, ya podía despedirme de un verano de saqueos.

Cerré mi cuaderno de notas y me preparé para otra audición en solitario. El resto de Barbalalas ya habían ido a clase y estaban ensayando para la gran velada en el campo de deportes del campamento. Cada habitación se presentaría a los demás de una manera divertida y nuestra tarea era pensar en un concurso musical simpático y con chispa. Esta expresión, naturalmente, procedía de la directora del campamento, siempre con sus vestiditos.

Entré en el aula. La profesora parecía estar en la pausa del café, pues daba clases desde por la mañana. Abrí el estuche del violín, fijé la almohadilla y tensé el arco. Había practicado poco. Coloqué las notas en el atril y me di cuenta de que me temblaban las manos. Tal vez era el hambre. Comer únicamente zanahorias hervidas mosqueaba y agotaba bastante. ¿Cómo tener fuerzas para ensayar? De pronto se apagaron las luces de la sala de ensayos. ¿Es que la maestra estaba probando algún nuevo método?

—¡Cierra los ojos! —dijo una voz apartada a mi espalda—. Deja con cuidado ese violín encima de la mesa. Coloca las manos en el borde del atril y ¡no mires!

¡La prueba de lealtad!, comprendí. La hermana mayor de una de las Barbalalas había participado el año pasado en el mismo campamento y esta nos había contado las alocadas historias de su hermana mayor y todo mi grupo esperaba con entusiasmo las pruebas secretas con las que durante el campamento se podía ganar el título de Pequeño Musicante. Y tras el concierto de

fin de curso se conseguiría un pin de una clave de sol. Y se lloraría de felicidad.

—¿Te encanta el campamento de los musicantes? —me preguntó la voz.

—Bueno... —respondí sin ganas. Por mis compañeras de cuarto no quería meter la pata del todo, pero tampoco quería mentir.

—¿Tocar el violín y comer zanahorias es lo más maravilloso que te puedes imaginar?

—No —respondí y solté una carcajada. Luego traté de ponerme seria. Sentí en la nariz una ráfaga de aroma a abedul. Como si alguien hubiese pasado mucho tiempo entre los árboles o en el bosque y el dulce aroma de las hojas brotando se le hubiese pegado a la ropa.

—¿Qué opinas de la directora del campamento y su peinado a lo nido de búho?

—Eh, oye —dije—. ¿Se trata de una broma?

Durante un horrible instante pensé que la directora en persona había maquillado la voz con la intención de buscar halagos y después respondería machacando con su mantra: «¡Qué chupi, qué guay, qué chupiguay!». Por suerte me di cuenta de que la voz pertenecía a una persona más joven. Y a una muy conocida. Una cuya voz no encajaba en este lugar.

—¿Quieres quedarte en este campamento todo el verano o tienes otros planes?

—¡Los tengo! —exclamé y abrí los ojos. Había reconocido la voz.

Apoyada en la jamba de la puerta estaba Hele, saludando con una media sonrisa. Parecía mucho más alta y más delgada que el verano

pasado, sus brazos asomaban fibrosos por las mangas de su camiseta negra.

—¿Nos vamos ya? —dijo.

—Nos vamos —grité de alegría.

No recuerdo la última vez que me sentí tan eufórica, feliz y aliviada.

—Ahora, vámonos por patas —dijo Hele—. Llévate el violín, que tus cosas ya las hemos sacado de tu cuarto y Kalle las ha metido en la furgo. Ahora tendríamos que largarnos sin llamar la atención.

El deseo de Hele se fue al garete en ese mismo instante. En cuanto cruzamos la puerta y salimos al campo de deportes, lo vimos y lo oímos. Habríamos tenido que adivinar que no sería tan sencillo. Kaarlo el Feroz Bandídez jamás hacía nada sin llamar la atención.



Cuando llegamos al campo de deportes, ya se había montado una buena. La explanada estaba repleta de musicantes, tutores y profesores que habían interrumpido el ensayo y a los que Kaarlo el Feroz intentaba hacer callar. Pete Dientesdeoro trataba de calmar a Kasurinen, que hacía aspavientos en el aire histérica.

—Eeeeh, vamos a calmarnos todos, señooora —le decía Pete Dientesdeoro como a un poni desbocado—. Señooora. ¡Señooooora!

Los aspavientos de la directora resultaron inútiles, Pete Dientesdeoro solo tuvo que extender la palma de la mano para mantenerla a distancia.

—¡Vilja, cuidado! —gritó una de las Barbalalas—. ¡Hay extraños!

—¡Nada de luchas! —rugió Kaarlo el Feroz con su aterradora voz de capitán. Y, al igual que el año pasado, eso funcionaba de maravilla.

Los musicales niños y sus profesores se callaron y prestaron atención.

—No le va a pasar nada a nadie. Solo vamos a llevarnos lo que es nuestro.

—El archivo de notas —dijo la directora, gris—. La partitura del cuarteto de cuerda de Melartin. En la caja fuerte. Ahí, detrás de las cajas de galletas de chocolate.

—Tiene golosinas. Para nosotros nada, pero para ella sí —cuchicheó un pequeño Mejillón Melodioso, y recibió un codazo de su tutor para que cerrara la boca. Nadie quería correr el riesgo de que Kaarlo el Feroz se enfadara.

—Creedlo ya, no nos interesan las notas esas —dijo Pete Dientesdeoro y consiguió que cesaran los bandazos de la directora.

—Solo esta musicante de aquí —añadió Kaarlo el Feroz.

—¡Se-se-secuestro! —tartamudeó Kasurinen. Había mezclado los conceptos. ¿Pero quién no quería robar su tesoro de Melartin, si se le ofrecía amablemente?

Su expresión se convirtió en estupor cuando se le pasó por la cabeza una idea:

—¡Aaah..., el rescate! ¡El dinero de la fundación...!

Llegados a ese punto, los tutores del campamento empezaron a mostrarse inquietos. ¿Había que echar a correr y pedir ayuda, de verdad?

—A ver, esta de aquí se viene con nosotros voluntariamente —dijo Hele, pero se había sacado del bolsillo de la pernera su navaja de mariposa y la hizo girar en el aire en un bonito ocho: clac, clac, clac, clac. El gesto pareció tranquilizar incluso a los dos

fortachones responsables de los cuartos de los chicos. Hele asintió en mi dirección:

—¿Vilja?

—Sí, me marcho con mucho gusto —dije. Oía el traqueteo de la bandidofurgona cada vez más cerca—. Vosotros seguid haciendo música, eso no es lo mío. Solo estoy aquí porque me obligó mi padre. Nadie tendría que tocar si de verdad no le apetece.

Suspiros de terror. ¿Cómo es que me iba voluntaria? ¿Cómo es que no me gustaba tocar el violín? Debía de ser la primera musicante traidora de la historia del campamento.

La bandidofurgona apareció por la vía de servicio, atravesó el césped y enfiló hacia nosotros a una velocidad propia de Hilda. Los campamentistas se giraron para ver su llegada: ¿los arrollarían?

—No os preocupéis. Y no intentéis seguirnos porque eso no os va a traer nada bueno —dije—. Son familia. Unos parientes lejanos.

Justo cuando la bandidofurgona llegaba hasta nosotros, Kalle se lanzó fuera colgado del tirador y me subió a bordo de un tirón. Kaarlo el Feroz se agarró al tirador libre de la puerta del copiloto. La furgoneta hizo un giro amplio y empezó a deslizarse despacio hacia el camino de servicio. Yo bajé la ventanilla tanto como pude y saqué medio cuerpo fuera para no perder comba.

Hele hizo una señal a Pete Dientesdeoro y ambos echaron a correr tras nosotros sin esfuerzo aparente. Hele abrió la puerta de atrás. La furgoneta estaba repleta de cajas de chuches. Chocولاتinas. Pulse-ras de caramelos. Piruletas. Regaliz dulce y regaliz salado. Bolsas de caramelos al peso, las más grandes tenían el tamaño de mi cabeza. Había incluso nubes con forma de seta, las golosinas de moda de esta

temporada, algodón de azúcar recubierto de chocolate, enrollado en celofán y aún metido en su soporte de venta. Al parecer, los Bandídez habían tenido un buen viaje y de camino se habían topado con un kiosco bastante grande.

Sin cruzar una palabra, Hele y Pete Dientesdeoro se subieron a la furgona de un salto en perfecta sincronización y empezaron a lanzar chuches. Cuando las primeras chocolatinas aterrizaron ruidosas, los niños las miraron ojipláticos.

—¡Caramba, ¿qué hacéis ahí plantados?! —rugió Pete Dientesdeoro—. Vaya tiempos, que los críos no saben pillar caramelos sin que se lo manden.

—¡Qué chupi, qué guay, qué chupiguay! —chillé—. ¡Ahora lo entiendo! ¿No querréis estar a zanahorias las tres semanas?

—Nubes con forma de seta —suspiró la directora del campamento embelesada—. Ay, cariño...

Parecía enamorada. La velocidad de la bandidofurgona iba en aumento, pero Pete Dientesdeoro consiguió hacerse con una caja de nubes seta y se la lanzó a la directora Kasurinen. Ella la atrapó al vuelo y se desplomó de rodillas feliz. Con las puertas de atrás abiertas traqueteando, avanzamos por el desigual camino de grava hacia el portón y por él hacia la libertad.



La furgoneta traqueteaba hacia el portón. Yo iba a bordo y Bandidofurgona se sacudía, balanceaba y estaba abarrotada hasta el techo, y contemplé las familiares caras a mi alrededor. Me parecía que las vacaciones de verano habían empezado, todas las vacaciones de verano al mismo tiempo. Por fin había recuperado mi vida bandida y no podía evitar una expresión de alegría en el rostro. Kaarlo el Feroz abrió los brazos y rugió de felicidad. Yo le devolví el rugido, con él salió mi año entero de espera y los reveses, y mi grito no era mucho más suave que el del jefe bandido. Me atrapó en su enorme abrazo, y las extremidades como dos mazacotes me achucharon tanto que durante unos segundos no pude respirar.

—¡Qué día! —rugió—. ¡Primero asalto a un kiosco y luego secuestro en el campamento! ¡Y nuestra muchachita ha vuelto! ¡El día de un bandido no puede mejorar!

—Genial que estés aquí —dijo Kalle con su habitual calma, aunque me di cuenta de que también él estaba emocionado—. ¡Es estupendo, increíble, genial!

—Eso —dije yo y traté de encontrar los ojos de Hele—. ¡Gracias!

Con el traqueteo de la furgona, Hele no podía oírme. Mi gigantesco rugido de alegría me había dejado un momento sin voz.

Cruzamos el portón y pasamos delante de la vivienda del administrador, que se lanzó escaleras abajo y soltó al pastor alemán. El perro se lanzó tras nosotros y ladraba, aunque cada vez iba quedándose más y más atrás.

—Mira, Erre Pärnänen nos espía—bromeó Pete Dientesdeoro—. Intenta pararnos a ladridos, pero ¡no aguanta nuestra velocidad!

Kaarlo el Feroz continuó el juego.

—Pues es más guapo de lo que recordaba. Quizá es porque se ha dejado el pelo largo para el verano y le tapa su cara de chucho.

—Desde luego, lo de lanzar caramelos fue un detalle de traca —me dijo Kalle encantado—. ¡No nos van a olvidar en la vida!

—Eso mismo me temo yo también —murmuré.

Imaginé con cuánta intensidad latiría la vena del cuello de mi padre, cuando una llamada de teléfono interrumpiera su tranquilidad estival. Justo cuando acababa de terminar el trabajo, se había puesto el sombrero de verano y había abierto la carpeta con su investigación genealógica, empezaba su hija a armar líos.

El perro tiró la toalla y dejó de perseguirnos y pasó del galope al pasito corto. Era solo una mancha gris en el camino.

—El pelo de Erre está cubierto de polvo —reía Pete Dientesdeoro—. Muerde el polvo, ¡tú y tu chalequito con la P!

—¡La primera persecución del verano! —anunció Kaarlo el Feroz—. Ahora que Vilja vuelve a estar aquí, ¡nos las apañaremos con lo que nos echen! Aunque los otros bandidos, esos demonios de tres al cuarto, estén sedientos de venganza y se les ocurrirá cualquier cosa.

—¿Cómo narices supiste qué hacer? —le pregunté a Hele al cabo de un rato.

—Me diste toda la información necesaria —respondió—. Con la dirección IP guardada en el mensaje se sabe con bastante exactitud el lugar desde el que se ha enviado el mensaje. Con el nombre del campamento pude hackear la cadena de mensajes mal protegida con la que los tutores planean los eventos. Cero medidas de seguridad. ¿Quién atacaría un campamento de violín?

—Pues siiiii, nadie —convine yo y soltamos una sonora carcajada al unísono.

—Y luego un poco de planificación —añadió Hele.

—Hay que ejercitar los dedos. —Se metió Kaarlo el Feroz en la conversación—. Está bien entrenar un poco y no dejarse llevar por la flojera del verano, porque pronto empieza la fiesta bandida.

—Estábamos todos de acuerdo. Teníamos que sacarte lo más rápido posible y no dejarte ahí pudriéndote con los monstruos de la música de cámara y el régimen de zanahorias. —Sonrió burlona Hele—. Y el resto pertenece a la historia del bandidismo.

—¡Bien dicho! —aplaudió Pete Dientesdeoro—. Eso voy a usarlo en cuanto se presente la ocasión. Lo dices haciéndote el despistado cuando dejas una historia a medias: «Y el resto pertenece a la historia del bandidismo». ¡Ñiuuu! —Se entusiasmó e hizo un movimiento de karate—. Es un golpe espiritual en todo

el diafragma y esas historias. Y con algo así, por cierto, muchos piensan en sacar el pañuelo blanco.

—Ñi-uu —se animó Kaarlo el Feroz—. Pärnänen, Pärnänen, da la cara, que mañana habrá venganza. ¡Ñiuuu!

Hilda trataba de aguantarse la risa, concentrada en mantener la bandidofurgona en el centro del camino. A ambos lados del arcén pastaban las vacas.

—¿Dónde está Kaija? —me fijé de pronto.

—Nos dio esto para ti —dijo Kalle y se agachó para buscar una carta en su bolsa. Ahora también él tenía una mochila para el colegio. Con una imagen de una araña en el bolsillo lateral, pero, por lo demás, era casi idéntica a la mía. Tomé la carta y mi corazón me dio un vuelco. Temía que contuviera malas noticias. Tal vez Kaija explicaba que había cambiado de opinión. Tal vez se había dado cuenta de que lo de ser bandida no iba con ella, y quería concentrarse en escribir sus novelas románticas.

A finales del verano pasado yo había hecho una propuesta para reorganizar la vida de los Bandídez. Durante muchos años, Kaija había cobijado a su hermano en su cabaña, había escuchado con nostalgia sus historias sobre la vida bandida. Una de mis ideas hacía realidad su sueño de probar la vida de bandido, la convertía en conductora de la bandidofurgona los fines de semana, cuando mandaba Hele. Me había entrometido de lo lindo en la vida de los Bandídez, pero no sabía lo que había ocurrido después. No me había enfrentado a las consecuencias de mis actos.

Querida Vilja:

Te merecerías un enorme abrazo ahora que por fin has podido subirme a bordo de la bandidofurgona. No me puedo imaginar (bueno, lo sé con ayuda de Hele) lo terribles que han tenido

que ser para ti los meses de otoño e invierno. Ni en mis libros he logrado describir a una joven tan vil como Vanamo Vainisto, porque nadie creería jamás los trucos tan rastreros de los que es capaz. ¡Tu propia hermana!

No voy con vosotros porque en estos momentos estoy cruzando el Atlántico en avión. Van a publicar en Estados Unidos la primera novela de Hertta del Sol, Caminante con perfume a madreSelva. Mi agencia literaria ha presentado la traducción también en Hollywood. ¡Imagínate si Joni von Hiidendorf cobrara vida en la gran pantalla!

Mantenedme al día de las novedades a través de Bandit-H. Hele me ha enseñado cómo funciona, pues perdió la paciencia de tanto preguntarle yo cómo estabas. Regreso después de San Juan. Si la situación lo requiere, no dudes en llamarme.

Saludos,

Kaija, tu madrina bandida.

P. S. Ha cambiado la maestra repostera.

Intenté tragarme la decepción por la ausencia de Kaija. El pasado verano se convirtió en una persona muy importante para mí, parecía ser quien mejor comprendía mis dificultades a la hora de ser una bandida de vez en cuando y luego otra vez una niña completamente normal.

—En el P. S. se ve que está planeado un nuevo libro —dijo Hele—. Otra vez palabras misteriosas.

Hele había leído el mensaje, claro.

—¿Qué querrá decir el PS? —me sorprendí.

Kalle leyó la carta por encima de mi hombro.

—Se trata de algún enigma —dijo pensativo—. Eso sí, no adi-vino qué.

—La idea no es que lo adivinemos nosotros —espetó Hele—. El código está pensado para que solo lo resuelva Vilja, porque Kaija sabía que nosotros leeríamos el mensaje, claro. A ver... —Extendió los brazos justificándose—. Somos jóvenes bandidos. Nos han enseñado a actuar de manera distinta a las normas. ¡Tenemos que hacer todo lo que está especialmente prohibido, por supuesto!

Nos habíamos adentrado por un camino forestal hasta llegar a un bonito claro natural donde montaríamos el campamento para esa noche. El fuego chisporroteaba. Kalle había humedecido con cuidado el musgo que rodeaba la fogata, para evitar que el bosque seco se incendiara con una chispa.

—Hay que pensar en algo —dijo Kalle en voz baja mientras los demás andaban atareados—. No vale que solo nos veamos en verano. Yo no soy una persona tan... veraniega.

Mientras buscaba las palabras, se hurgaba los dedos de los pies al resplandor del fuego.

—Pasa un poco lo mismo en la escuela —continuó—. Desde el primer día, cuando aprendes todos los ríos de Europa y calculas el radio de una circunferencia, sabes que jamás podrás vivir sin ello. Me gustaría poder contarte lo increíble que ha sido mi clase un día cualquiera. Eres la única que lo puede comprender. Y no quiero renunciar a ello el resto del año.

—Yo también os he echado de menos —dije y pinché dos trozos de salchicha en un palito y lo acerqué a la hoguera.

—Todos nos hemos echado de menos —dijo Hilda.

Me asusté cuando apareció de repente y se unió a la conversación.

—Andábamos de cabeza —añadió Pete Dientesdeoro—. Robábamos demasiado de todo porque no recordábamos que en la banda faltaba alguien.